

cada heregía, ántes de entrar en ninguna discusion de pruebas y de hechos, se ha comenzado siempre oponiendo á la novedad la tradicion de los siglos precedentes y la victoriosa prescripcion que ella obraba en favor de los que permanecian adictos á la antigua doctrina, contra los que meditaban mudanzas y alteraciones de que aun no se habia oido hablar. El primer grito de la fe siempre ha sido decir á los hereges: de dónde venis? Dónde estabais ántes de formar un cuerpo aparte? Por lo que toca á nosotros que estabamos en la Iglesia quando habeis principiado, nuestro origen es tan antiguo y tan noble, como nuevo y vergonzoso el vuestro. Vosotros traeis vuestra existencia de Valentino, de Marcion, de Arrio: nosotros que no conocemos ni á Arrio, ni á Marcion, ni á Valentino, descendemos de Jesu-christo y de los apóstoles. La última observacion que no se le escaparia á esta historia, es que las rupturas de la unidad, y las innovaciones del error, por dolorosas y profundas que sean las llagas que hacen á la Iglesia, contribuyen infinitamente á su gloria; porque ademas de que purifican el dogma poniendo á los doctores y jueces de la fe en la necesidad de aclararle y de fixarle, ademas de que desprenden el culto público de todo lo que añaden á él la ignorancia y la supersticion alejándose del origen, proveen á los siglos venideros un medio triunfante contra los novatores que podrian levantarse en ellos: mostrando que las verdades combatidas se han conservado de tiempo inmemorial en las sociedades christianas que se han separado de la comunión romana, habia mil y doscientos años: de que resulta que estas verdades dimanar de la enseñanza de los apóstoles, y que siempre han hecho parte del depósito inalterable de la doctrina. Así es que en el nacimiento del Arrianismo se refutaba á los adversarios de la divinidad del Verbo oponiéndoles la creencia de los milenarios, de los paulicianos y de los montanistas; y en estos últimos tiempos se ha convenido de innovacion á los autores de la reforma sobre la presencia real, el sacrificio de la misa, el culto de las imágenes, la oracion por los muertos &c. con la fe de las sociedades nestorianas y eutichianas que todavia subsisten en el Oriente, y con los símbolos de los cophitos, de los armenios y de los griegos. Esta prueba es independiente de todas las sutilezas y de todas las desconfianzas del entendi-

miento humano. No hay artificio alguno que pueda imitarla, no hay trampa que pueda eludir su fuerza. Es una atencion maravillosa de la Providencia el haberla grangeado á la Iglesia hasta por los cismas y heregías que la han desolado; pues con solo este título siempre estará en estado de rechazar los ataques del error, y de vengar los intereses de la verdad.

Antes de dexar este artículo, se presenta una reflexion que no se debe omitir; y es que siguiendo atentamente el hilo de la historia, se descubre que las grandes heregías cuyos estragos han hecho estrépito en los primeros siglos, han nacido las unas de las otras, por mas oposicion que se crea percibir á la primer ojeada en sus principios. El Arrianismo contenia la semilla que Macedonio ha desenvuelto: Nestorio empleó los materiales que éste habia provisto: Eutichês halló en las ideas de ellos los elementos del sistema que imaginó; y á su tiempo los monothelitas fundaron el suyo en las diferentes piezas que arrebataron á los que les habian precedido. Pero una cosa todavia mas sensible en el analisis de estos grandes objetos, es que la condenacion de todos estos errores se halla contenida en la del primero, que por la mezcla de los pensamientos humanos con las verdades reveladas, vino á turbar la armonía de la fe; y que para combatir á los macedonios, y á los que tomaron su lugar en este vasto campo de batalla, no fué preciso mas que volver á manejar las armas que ya habian servido contra los sectarios de Arrio. Esta es una prueba de la perfecta concordia que reyna entre todas las verdades de la fe christiana, y de la unidad de principio que constituye su fuerza.

Por los escritos de los padres es por donde la tradicion Los concilios. se abre de edad en edad un canal, que hace pasar el depósito de la fe sin ninguna alteracion, desde los tiempos apostólicos hasta los siglos mas remotos; y por las decisiones de los concilios es por donde asimismo exerce la Iglesia la potestad que tiene de establecer sobre todo lo que concierne al dogma, al culto, á las costumbres y á la disciplina. Qué espectáculo mas bello, y qué mas impresion que el de estas augustas asambleas! En ellas se ve reunido todo lo mas precioso del saber, todo lo mas estimable que produce la edad y la experiencia, todo lo mas propio de las virtudes para inspirar la veneracion y

la confianza. A estos consejos supremos de la ciudad santa preside la sabiduría; allí prepara los juicios el mas maduro exámen; la dulzura y la caridad dirigen el zelo; y los oráculos emanados del santuario en los siglos precedentes sirven de antorcha para alumbrar á los de la Iglesia en los decretos que pronuncian sobre todos los objetos sometidos á su clara y precisa decision. Qué hace cada uno de los jueces de la fe? Depone que al tomar las riendas de su Iglesia ha hallado en ella esta doctrina enseñada en todos tiempos, esta verdad reconocida y generalmente profesada por todos los que habian ocupado ántes que él la misma silla. Todos los demas dicen otro tanto, y de esta union de testimonios se forma un cuerpo de luz que no permite ya suscitar ninguna duda, ni recurrir á las tergiversaciones y astucias de la mentira confundida. Las decisiones se envian á todas las Iglesias, las cuales las confirman, y entónces llega á ser irreformable el juicio; y el mundo católico respeta en él el sello de la infalibilidad. Este camino es simple, abreviado, y se puede decir que, prescindiendo de toda asistencia divina, tiene todas las señales de certidumbre que pueden satisfacer á un entendimiento razonable. En todas las disputas que se levantan sobre la doctrina de la fe, á estos caracteres esenciales de los juicios eclesiásticos es á los que siempre es menester atenerse, cualesquiera que sean por otra parte los clamores del partido que quedó por tierra, y los pretextos en que se apoya para formarse un muro contra la autoridad que le oprime con su peso. Las formas pueden variar segun la naturaleza de los errores, y la combinación de las circunstancias. El Pelagianismo no fué condenado con las mismas solemnidades que los impios sistemas de Arrio, y de Eutichés: los concilios de Orange, de Cartago y de Toledo, no fueron celebrados con igual aparato que los de Constantinopla y de Efeso, aunque se hayan hecho casi tan respetables por la accesion de las Iglesias; pero el fondo siempre es el mismo, siempre es la Iglesia la que pronuncia, y quando su definicion ha reunido visiblemente la pluralidad de votos, se puede decir en todo género de negocios, que está terminada la causa. Esta dignidad de los juicios eclesiásticos en materia de doctrina, este sello de certidumbre con que estan marcados, y que es una consecuencia necesaria de la constitucion de la Iglesia,

un historiador atento á caminar incesantemente hácia el fin que se propone, no dexará de dar á conocer su excelencia y sus efectos; mostrando que consiguientemente al órden establecido desde los primeros tiempos, y que se ha observado sin variacion hasta nuestros dias, es imposible que prevalezca jamas en la Iglesia el error, y que la enseñanza pública, universal, perseverante, llague á ser una via de seduccion. Semejante nuevo carácter de divinidad en la religion de Jesu-christo será puesto á la comprehension de los entendimientos mas comunes, y los resguardará contra todos los sofismas que pudieran emplearse para sacarlos de un puesto, en donde no tienen que temer mas que las sorpresas del enemigo, asegurados siempre de rechazarle presentándose al descubierto. En vano se citarian ya los hechos auténticos, ya las anécdotas secretas para demostrar que muchas veces se han visto en los concilios poderosas cabalas, maniobras subterráneas, todas las prácticas del interes y la ambicion, todas las inquietudes de la esperanza y del temor. Nada de esto será disimulado ni disminuido; y aun la historia se extenderá en ello segun pareciesen exígirle la importancia de las questões y las consecuencias que han tenido; pero al mismo tiempo se insistirá en una asercion que los hechos y las anécdotas, las reglas y los sucesos estarán acordes en confirmar; y es que quando estos medios han sido favorables al error, el prestigio, si lo han obrado por algunos momentos, ha sido bien presto disipado; y que quando una política demasiado humana los ha llamado al socorro de la verdad; Dios que los hacia servir al triunfo de su Iglesia, le daba al mismo tiempo por otros caminos tantas señales brillantes de su proteccion, que el universo reconocia la inutilidad de qualquier otro apoyo que no fuese el suyo.

Las promesas de Jesu-christo, cuya execucion hace visible á los entendimientos ménos aplicados toda la historia de la sociedad christiana, aseguran á la Iglesia una duracion que la hará triunfar de todos los sacudimientos con que sus enemigos trabajarán por conmoverla, y de todas las revoluciones que el espíritu inquieto y voluble de los novatores procurará ocasionarla. Su constitucion y su gobierno, obra de su divino gefe, son el principio de aquella estabilidad que verá nacer y acabar los siglos, sin ex-

Gobierno  
de la I-  
glesia.

perimentar la menor alteracion en sus primitivos elementos. Los otros privilegios, como la unidad, la visibilidad, la infalibilidad, estriban sobre el mismo fundamento: luego esta constitucion y este gobierno de la Iglesia, cuyas ventajas contribuyen á mostrar todos los acontecimientos, nada deben á la política, ni á la sabiduría de los hombres, y nada han tomado del tiempo y de la experiencia. Desde el principio estaba establecida su basa, y combinada su forma, quales se ven hoy: el simple y magestuoso edificio de las leyes fundamentales de la sociedad cristiana, subsistia aun antes que esta sociedad fuese formada, y no es posible concebir un sistema de administracion mas conveniente á un cuerpo de esta naturaleza, que aquel cuya economía ordenada en todo su conjunto, despliega su vigor desde que hay christianos. La Iglesia no podia ser gobernada democráticamente: es demasiado indeciso el pueblo, ó demasiado precipitado en sus resoluciones, demasiado fácil de seducir, y demasiado obstinado, una vez que se ha llegado á darle un impulso favorable al partido que se quiere hacer prevalecer. Por otra parte seria imposible reunir las voluntades de una multitud innumerable á la reduccion de los juicios prudentes y luminosos, que son necesarios á la conservacion de la fe, y para mantener la disciplina. Aun convenia ménos la monarquía absoluta, por la propension natural que continuamente la arrastra hácia el despotismo. El abuso del poder es casi inevitable, quando un solo hombre lo exerce, y quando le es fácil apoyar su ambicion sobre motivos respetables, y hacer útiles al logro de sus proyectos, preocupaciones propias para identificar su causa con la de Dios. La aristocracia tenia todavía mayores inconvenientes. Bien pronto hubiera sido rota la unidad, de que resulta toda la fuerza y todo el nervio del gobierno. Cada príncipe se hubiera hecho reglas de administracion, y hubiera trabajado en hacerse independiente: de ahí se seguiria no haber mas union por el bien público, no mas zelo por la conservacion de las leyes, no mas interes comun, no mas fraternidad ni patriotismo, en fin no mas uniformidad en la fe, en la enseñanza, en las costumbres esenciales, y por consiguiente division, disturbios, anarquía. Qué es lo que restaba pues? El único plan que ha trazado Jesu-christo á los apóstoles, y que estos han ci-

mentado de manera que ha atravesado todos los siglos, sin que el nudo con que todas las partes reunidas se comunican una solidez mutua, haya perdido cosa alguna de su ligadura: una teocracia, cuya autoridad se divide en otras tantas porciones como hay de magistrados destinados á la conducta de las Iglesias particulares, y cuyo centro se halla para siempre unido á la preeminencia de un magistrado supremo, que baxo el título de vicario ó teniente de Dios llama á sí todos los ramos esparcidos del poder que la participacion del mismo ministerio distribuye igualmente sobre todos los que presiden á las diferentes partes de este gran cuerpo. Apenas comenzaba el christianismo á pasar los límites de la Judea, quando se ve este bello gobierno en toda su actividad: un senado compuesto de doce Apóstoles con igual carácter y potestad esencial: un gefe en la persona de san Pedro, que por su dignidad personal y su qualidad de representante y vicario perpetuo de Jesu-christo tiene siempre el primer lugar, y se muestra á la cabeza de los Apóstoles en las circunstancias decisivas: en el sepulcro, quando se trata de verificar el hecho de la Resurreccion, este punto fundamental de todo el christianismo: el dia de Pentecostés, en que el ministerio evangélico ensayó su imperio sobre los corazones: delante del Sanhedrin, donde brilló la intrepidez del valor apostólico: en la conversion de los gentiles, á quienes fué abierta la entrada de la Iglesia, como á los hijos de los patriarcas: en el concilio de Jerusalem, en donde fué decidida la primera cuestión que se suscitó sobre materias eclesiásticas: en Antioquia, mientras que ocupó allí la primera Silla del Oriente: en fin en Roma, adonde transfirió la preeminencia de su cátedra, y el poder que es inseparable de ella: por todas partes habla, obra y preside como gefe de la Iglesia, y por todas partes sus iguales en las funciones del apostolado, hacen gloria de reconocer y honrar su primado. Baxo este primer orden de la Iglesia, exercen los empleos que se les confian ministros de una clase inferior, segun las reglas de cierta subordinacion que mantiene la armonía y fortifica el nervio de la autoridad. Este mismo plan de administracion, esta misma graduacion de poder y de dignidad se perpetua de edad en edad; y todas las veces que el orgullo y la independencia han roto este círculo

trazado por la mano de Dios, los que se han alejado del centro, han sido mirados como profanos y extranjeros. La unidad de doctrina, de culto, y de autoridad dimana necesariamente de esta cadena de gerarquía que liga á todos los miembros con el gefe, y á todos los miembros entre sí, que no hace mas que un mismo todo de todas las partes del ministerio, por extenso y subdividido que sea, y que no permite que haya ninguna porcion solitaria y fluctuante en manos de aquel á quien se ha confiado. La visibilidad, este carácter tan esencial de la Iglesia, y celebrado con tanta eloqüencia por los profetas, proviene igualmente del mismo manantial. La escritura representa la Iglesia baxo la imágen de una ciudad edificada sobre una alta montaña, y toda brillante de luz, de suerte que la verán las naciones desde las quatro partes del mundo, y se dirán las unas á las otras: vamos á la ciudad del Señor: allí gozaremos de un reposo inalterable, y su gloria resaltará sobre nosotros. Todas las partes de este emblema llenan la sociedad christiana gobernada por los primeros pastores unidos á su gefe. Su principal Silla, semejante á una ciudad fortificada por todas partes, está colocada sobre un lugar eminente y sublime, de donde parten los rayos de la verdad, que como brillantes astros mantienen en sus muros una claridad la qual ninguna nube puede obscurecer, y que se distribuye por todas las regiones de la tierra: para verla no tienen los pueblos otra cosa que hacer mas que volver los ojos hácia ella: nunca padece tinieblas, ni obscuridad, porque no hay tiempo ni circunstancias en que no se pueda decir que está allí la Iglesia, mediante que allí se ven los pastores unidos á su gefe, allí se oye lo acorde de sus voces, y allí se recibe la enseñanza unánime de su boca. Finalmente la infalibilidad de los juicios pronunciados por la Iglesia, carácter sin el qual no habria nada fixo en la religion, y que es el que solamente puede impedir que se hagan eternas las disputas una vez levantadas, es tambien efecto necesario y precioso de este mismo gobierno perpetuado hasta nosotros. Porque es imposible que en un cuerpo de que Dios es el supremo gefe, representado por un teniente que debe ser mirado como inmortal por la estabilidad de su Silla, y en donde todo se decide por el peso y número de votos, es imposible, digo, que en semejante cuerpo no sean los ju-

cios necesariamente conformes á la verdad. La perpetuidad del ministerio, la continuación de la enseñanza, siempre una misma, la transmision de la verdad á cada cátedra episcopal desde el que primero la ocupó hasta el que la llenó en el momento de la decision, la inalterabilidad del depósito que halló en su Iglesia, y del qual da testimonio; todo esto junto á la union siempre sensible y penetrante de los pastores aislados con su gefe, aseguran á las decisiones que emanan de este tribunal una certidumbre que no se puede trastornar, aun quando se reuniesen todos los sofismas y trampas de que de siglo en siglo se armó el error, para substraerse del rayo que le estrellaba. Es evidente que la reunion del cuerpo episcopal en un mismo lugar, ó su dispersion en todas las Sillas á que han subido por su consagracion, es una cosa absolutamente indiferente para la infalibilidad de los juicios eclesiásticos; porque ellos juzgan en virtud de su carácter, y no en virtud de su reunion en un mismo parage, del mismo modo que manifiestan su dictámen por la via del testimonio y de la enseñanza, y no con formas judiciales. ¿No gozan pues de su carácter sobre su Silla? ¿Su testimonio y su enseñanza no brillan allí con toda la energía de que son capaces? ¿No es tambien de esta transmision gradual del testimonio dado á la verdad en cada siglo, y de esta enseñanza sucesiva de cada pastor en la porcion del rebaño que gobierna, de las cuales se forma aquel cuerpo de luz que se difunde por toda la Iglesia, y que siempre ha sido suficiente á penetrar las tinieblas en que se envuelve el error? Así es que las luces que alumbran un vasto y soberbio palacio, no necesitan ser reunidas en un solo punto para producir una claridad mas viva; y aun su distribucion igual hace resaltar sobre todas las partes del edificio un resplandor de luz mas seguro y mas continuo.

Despues de todas estas particularidades interesantes el historiador de la Iglesia insistirá todavia sobre dos puntos de tanto mas importancia, quanto se pueden mirar como la teología de los sencillos: el uno es la sucesion de los pastores, y el otro el orden y las ceremonias del culto público.

El estado actual de la sucesion pastoral, y la sola existencia de cada pastor en la division del gran rebaño que le ha caído en patrimonio, ponen toda la religion y todas sus pruebas delante de los ojos del pueblo. En efecto

La sucesion de los pastores.

quando está el pastor en la Iglesia por una misión legítima y una sucesión bien comprobada, en él está la Iglesia entera; y así para estar tranquilo en mi fe, para ser incontrastable en la confesión de las verdades con que han alimentado mi infancia mis primeros maestros, no tengo necesidad de tener presente en el entendimiento el quadro de todos los siglos, de saber conforme al testimonio de los contemporáneos y autoridad de los críticos, la historia de todas las contestaciones que se han levantado sobre el dogma y la moral, ni de haber sacado de las fuentes de la tradición los juicios doctrinales que de tiempo en tiempo han afrentado el error y afirmado la verdad. Sé en general que ha habido cismas, heregias, concilios, decretos dogmáticos; pero no es necesario que como teólogo profundo haya yo entrado en discusión de todas las cuestiones agitadas por una y otra parte, y de todos los puntos de controversia que han dado materia á tantos volúmenes. No necesito conocer mas que un solo hecho sobre el qual me es imposible engañarme, y es que habiendo sucedido mi pastor por ordenación y misión canónica á todos los que le han precedido, y viviendo en comunión, esto es, en unidad de fe, en sociedad de oraciones con todos los demas pastores, estoy cierto que la Iglesia es la que me lo ha enviado, que en nombre de ella me instruye en la asamblea de los fieles á que preside; que la Iglesia me abre por sus manos las fuentes de la gracia en los sacramentos que me administra, y de ahí concluyo, sin temor de que nadie me convenza de razonamiento falso, que en mi pastor está toda la Iglesia, que por él estoy unido con todos los que han sido establecidos por Dios depositarios y órganos de la fe, que en él poseo toda la antigüedad christiana, todos los testigos de la tradición, y que recibiendo de su boca la enseñanza de las verdades á que está anexa la salvación, es la enseñanza de la Iglesia toda, y la doctrina de todos los siglos, la que llega á mí por un canal fiel y seguro.

Solamente el católico puede tener este language, porque toda sociedad christiana que es gobernada por otros pastores que aquellos, cuyos nombres se hallan en la cadena de la sucesión apostólica, y que pueden subir de siglo en siglo hasta los apóstoles y Jesu-christo, no es el verdadero rebaño del hijo de Dios. Cortada del orden ge-

rárquico, reducida á sí misma, no teniendo nada ni de los siglos que la han precedido, ni de las Iglesias que la rodean, lleva impresa sobre la frente la señal vergonzosa de su ilegitimidad con la data de su existencia; y para convencerla de que camina descarriada, basta mostrarle en el quadro de la historia el momento harto conocido, en que ha empezado á formar un cuerpo aparte, y á mirarse á sí misma como extranjería del resto de la Iglesia.

No es menester una operacion muy larga, ni un razonamiento muy sutil y complicado para que cada fiel pueda aplicar esta prueba al pastor, baxo el qual vive. No excede la comprehension del hombre del campo, del artesano, de la muger sencilla, que ni conocen el estudio, ni los libros. Se pueden ellos decir, razonando con tanta exactitud como los filósofos y los sábios; sé que mi cura en el ejercicio de las sagradas funciones que desempeña, es el obispo de la diócesis en que está situada esta parroquia, el que le ha enviado: este mismo obispo ha recibido su misión de los que le han impuesto las manos como sucesores de los apóstoles y representantes de toda la Iglesia. Su elección ha sido reconocida como legítima por el soberano pontífice, por institución divina es el vicario de Jesu-christo, el pastor universal y el centro de la unidad católica. De este modo puedo subir de mi cura á mi obispo, de mi obispo al soberano pontífice, y del sumo pontífice á los apóstoles y á Jesu-christo. De este modo en mi cura veo á toda la Iglesia, hallo todos los pastores; y en él se me hace sensible la magestad de toda la religion, quando celebra el tremendo sacrificio del altar, y quando anuncia la palabra de la verdad desde la cátedra pastoral en que le ha hecho sentarse la Iglesia.

Si una Iglesia particular ha perdido su pastor, (siendo indiferente que sea una vasta diócesis ó una simple parroquia) ¿será preciso que el que viene á reemplazarle para hacer patente su misión y autorizar su ministerio, esté revestido como los apóstoles de la potestad de los milagros, que tenga el don de lenguas y el espíritu de profecía, que expela los demonios, que cure los enfermos, que mande á los elementos y á la muerte? No. Su misión y la autoridad de su ministerio no consisten en estos medios extraordinarios, en estas vias milagrosas que entraban en las miras de Dios, quando era menester echar y

asegurar los fundamentos del christianismo, y que ya no son necesarios, hoy que la cruz de Jesu-christo cubre á todo el mundo con su sombra. Qué hará pues? Mostrará el título en virtud del qual viene á ponerse en posesion del ministerio pastoral, y á la sola inspeccion de este título se conocerá mas infaliblemente que si fuera por los milagros, la certidumbre y legitimidad de su mision: se sabrá que no ha entrado en el redil para destruir, sino para edificar, y que lleva un carácter reconocido y un derecho de enseñar y dirigir de que es garante la misma Iglesia: se comenzará á ver en él un ministro público y autorizado de la alianza que ha contraido Dios por medio de su Hijo con los hombres; y produciendo el acto legal en que estan contenidas las prerogativas que se atribuye, y el poder de que acaba de revestirse, demostrará que trae su mision de la fuente apostólica, y que su ministerio está apoyado sobre todas las pruebas que establecen el origen sagrado, y la divina autoridad de la Iglesia.

El culto público.

El orden y las ceremonias del culto público subsistente en la religion, son sucesivamente el libro, si me es lícito hablar así, la erudicion del pueblo en las cosas de la fe. El aparato del culto, y los diferentes ritos de las solemnidades religiosas, que dicen á los ojos de los simples fieles á quienes falta tiempo, medios y disposiciones para estudiar la religion en las obras en que estan sábiamente examinadas sus pruebas, y desenvueltos con arte y eloqüencia su espíritu y misterios? Le dicen que cada christiano es como ellos miembro de una sociedad santa, cuyo objeto es rendir á Dios el supremo homenaje que le es debido, y cuyo fin llegar á una felicidad que será la recompensa de los hombres virtuosos. Con solo ver lo que pasa en nuestros templos, son pues instruidos tales fieles de que hay un primer Sér, al qual se deben la adoracion y la alabanza, y en la religion un culto público y solemne, cuyo objeto es honrarle é implorar sus gracias. De esta primera idea, qual es el hombre que no puede pasar á las conseqüencias inmediatas que produce, y decir, este culto, que debe ser de la eleccion de Dios para que le sea agradable, no se estableció por sí solo? habrá sido propuesto á los hombres por un ministro de la divinidad, y este ministro para ser escuchado de los hombres como agente y órgano de la divinidad, fué preciso

expusiese las pruebas de su mision y los estableciese de un modo incontestable, haciendo intervenir al cielo en la autorizacion de su ministerio. Y así he aquí que el hombre sencillo llega á conocer la necesidad de la revelacion, y que viene tambien en conocimiento de su existencia por la del culto sagrado cuya pompa considera. Qué digo? Solo la vista de los edificios consagrados al ser soberano, para servir á las asambleas religiosas, elevan sin trabajo y sin esfuerzo su espíritu á los mismos pensamientos. Por qué motivo fueron construidos estos edificios, por qué fueron sacados del orden de las cosas profanas, y destinados únicamente á los ejercicios de la religion? Existía pues esta religion, supuesto que erigió y santificó templos, y estableció en ellos ejercicios piadosos. ¿Pero ella misma de dónde venia? Por quién ha comenzado? Cómo se ha introducido y conservado en el mundo? Es preciso ó que haya empezado á ser con la tierra y los elementos, ó que la haya traído del cielo un ministro extraordinario: en qualquiera de los dos casos es obra de Dios, y merece que todos los entendimientos se sometan á las verdades que propone.

Llevemos todavía mas adelante esta induccion, sin salir de los límites á que se halla reducida la inteligencia del mayor número de los hombres. Una cruz levantada en las plazas públicas que forman el adorno de las ciudades, ó fixada en los caminos que atraviesan las campiñas, excitando al hombre del pueblo á un sentimiento de piedad, viene á ser para él una demostracion completa de la religion; si quiere reflexionar en ella. Por qué esta cruz, deberá él decir, símbolo respetable á los ojos de los christianos, se halla en este parage? Qual es el origen del sentimiento piadoso que inspira, y de la veneracion con que uno se acerca á ella? Es que renueva el misterio de un Dios muerto por los pecados de los hombres, que salió vivo del sepulcro despues de haber arrojado los últimos suspiros en una cruz. Qué de verdades encierra esta muda señal! En ella está claramente enunciado el dogma del pecado original; porque qué necesidad habria de que muriese un Dios para rescatar á los hombres, si no hubiese sido viciada y degradada por algun gran crimen la naturaleza humana? La profunda miseria y la absoluta imposibilidad en que habia caído el hombre por el pecado, no se muestran en este signo

de un modo ménos sensible, porque ¿era necesario que fuese Dios el que se encargase de la reparacion, si el culpable pudiese satisfacer por sí mismo á la magestad ofendida? El misterio de la Encarnacion y la divinidad de Jesu-christo se hallan escritas allí en caracteres penetrantes; y eso no tiene necesidad de probarse, respecto que es la significacion directa del símbolo que se tiene á la vista. Pero estas verdades sublimes y que tanto se elevan sobre la razon, cómo y sobre qué garantía fueron recibidas de los hombres? Para que se las adoptase, para que se las creyese, ¿no fué preciso que se apoyasen sobre milagros tan manifiestos, tan numerosos, tan evidentemente sellados en el cuño del poder divino, que no se pudo ni atribuirlos á los agentes naturales, ni librarse de la impresion que hacian sobre los ánimos? Sin embargo, son adoptadas, son creidas en todo el universo tales verdades inaccesibles á la razon humana, las reciben las naciones mas ilustradas, se someten á su yugo los hombres mas sabios y de mayor ingenio, y su imperio subsiste todavía del uno al otro extremo de la tierra: luego fueron revestidas de todo el esplendor de que necesitaban para ser admitidas. A no ser esto, seria menester decir que la religion se estableció sin pruebas y sin milagros; lo que sin duda seria el milagro mas increíble, porque seria absurdo. Así es que el encuentro de una cruz hace de un paysano grotero, ó de una muger del pueblo, un teólogo consiguiente.

Pero todavía hay mas: se presenta un ministro de la religion á los ojos de un fiel de la clase de los que no han podido instruirse por sus propias indagaciones: lleva este ministro los últimos socorros de la Iglesia á un enfermo: otro conduce los mortales despojos de un christiano al lugar de su sepultura: qué se debe pensar del hombre del pueblo que se detiene para dar en esta ocasion señales de su piedad? Qué instrucciones no le da este sacerdote, tanto en la forma y color de los ornamentos de que va revestido, como por los símbolos que le acompañan y las sagradas funciones que exerce? Desde luego se ofrece á su entendimiento el dogma de la Eucaristía, que tiene conexión con todas las demas verdades de la fe, y por un enlace necesario le recuerda todos aquellos de que es consecuencia ó principio; la dignidad del christiano consagrado á Dios por el Bautismo, la esperanza de la felicidad

eterna que es un efecto de esta consagracion, la inmortalidad del alma, la resurreccion de los cuerpos, la comunicacion de oraciones y de socorros espirituales, que reyna entre las diversas porciones de la Iglesia; sucesivamente vienen á ocuparle otra multitud de verdades que derivan de aquellas, y si se para á considerar las reflexiones que producen, recorrerá la religion toda siguiendo el hilo que conduce de una verdad á otra.

Observemos antes de acabar que si el exterior espectáculo de la religion presenta al entendimiento del pueblo tantas luces, é instrucciones, no produciria un efecto ménos saludable sobre la razon de los hombres ilustrados, si le prestasen atencion. No se puede dar un paso en el christianismo, sin que de todos los objetos sagrados y venerables que estan esparcidos por todas partes, salgan nuevos manantiales de luz; de suerte, que quando nosotros incrédulos nos piden pruebas, y nos aprietan con razonamientos que creen demostrativos contra nosotros, nos basta responderles; abrid los ojos, tended vuestra vista al rededor de vosotros, y ved brillar en todo lo que os rodea esas pruebas que nosotros jamas os rehusamos. ¿No os anuncia todo la existencia actual de una Iglesia y de un culto christiano? Luego el hecho de esta existencia actual es la mas irrecusable de todas las pruebas, pues supone y reanima constantemente todos los hechos que concurren al establecimiento, progresos, y perpetuidad de la religion desde sus fundadores hasta nosotros. Y así el christianismo existente reproduce toda la duracion de los siglos, el consentimiento de todas las naciones que lo abrazaron, y la aprobacion de todos los imperios que lo profesan. Si los incrédulos hiciesen reflexion en esto, se sentirian oprimidos de su inmenso peso, y se avergonzarian de las dudas frívolas que osán suscitar. No es pues una paradoxa el decir que de las menores prácticas del culto exterior se pueden deducir las mas fuertes demostraciones en favor de la religion, así como de las primeras verdades se puede descender á los preceptos de la Iglesia sobre el ayuno, la abstinencia &c. por una cadena de proposiciones que necesariamente se siguen la una de la otra.

Resta considerar últimamente un objeto muy importante, y muy honroso al christianismo, para que su historiador lo pase en silencio; y es la adopcion de la Iglesia

La union de la Iglesia y del estado.